

Mauricio BEUCHOT: *Lineamientos de hermenéutica analógica*, Monterrey: Ideas mexicanas; Conarte 2006, 143 pp.

La hermenéutica analógica surgió en 1993, con una ponencia del pensador coahuilense Mauricio Beuchot sobre los usos de la analogía para evitar los equivocismos y los univocismos interpretativos. Desde entonces, muchos investigadores y estudiantes se han incorporado a este movimiento, que se autoconcibe como una propuesta originalmente mexicana y latinoamericana, ha generado ya muchas publicaciones de diverso alcance y profundidad y se ha intentado aplicar en varios campos. Los hitos principales del movimiento son el *Tratado de hermenéutica analógica* y el volumen titulado *Posmodernidad, hermenéutica y analogía*, ambos del mismo Beuchot. En lo personal, considero a la hermenéutica analógica una propuesta sensata, que propicia el diálogo y que resulta en última instancia mucho más constructiva y abierta que otras de las corrientes intelectuales que imperan en nuestro medio. Pero mucho me temo que no todos los seguidores del Dr. Beuchot ni toda la bibliografía vinculada con este movimiento, expresan una comprensión suficientemente profunda de los conceptos y de la tradición filosófica en la que la propuesta abreva; me parece que la hermenéutica analógica, al menos en algunas exposiciones que no hacen justicia a su profundidad, ha sido sobre explotada y un tanto trivializada. Es por ello mejor —como casi siempre— acudir a las fuentes originales: en este caso, a los textos del propio Mauricio Beuchot.

A modo de iniciación en la hermenéutica analógica, y a la vez como una confrontación de esta postura con autores como Nietzsche, Peirce, Blumemberg o Dussel, aparece *Lineamientos de hermenéutica analógica*. La introducción explicita su continuidad con las obras anteriores, particularmente con el *Tratado*, y adelanta que además se intenta exponer los antecedentes latinoamericanos de esta corriente de pensamiento y mostrar algunas de sus aplicaciones teóricas.

El capítulo primero resume la estructura y la función de la hermenéutica analógica. Para ello esboza una breve historia de la hermenéutica (parecida a la ya expuesta en *Perfiles esenciales de la hermenéutica*, otra de las obras beuchotianas); muestra cómo naufragan las opciones equi-

vocistas y univocistas en la interpretación y subraya que la analogía no es una cómoda mediación neutral, sino la búsqueda del virtuoso término medio; una integración de la semejanza y la diferencia en la que ésta última predomina (y así se rechazan las críticas de Foucault a la analogía como semejanza indiscriminada, p. 15). Como hace en muchas otras de sus publicaciones, Beuchot aprovecha las doctrinas aristotélica y tomista de la analogía y la estructuración de Tomás de Vío Cayetano, y las traduce a terminología moderna propia de la lingüística y el pragmatismo: así, la analogía sería la integración y armonización de la metáfora con la metonimia y viceversa —en este punto Beuchot recoge las ideas de Roman Jakobson. En cuanto menciona el equilibrio analógico entre los tropos, Beuchot suele sugerir que con ello corrige a Paul Ricoeur, quien según él sostuvo una hermenéutica demasiado metafórica, al menos en cierto momento (cfr. p. 19). He discutido este apunte en diversos lugares: no me parece que Ricoeur, ni siquiera en *La metáfora viva*, haya prescindido de la analogía o haya incurrido en equivocismo metafórico alguno; el estudio VIII del libro citado muestra cómo el pensador francés aprovecha todo el espectro analógico.

En el mismo tenor (la traducción de la doctrina clásica de la analogía a terminología contemporánea), Beuchot destaca la que, en mi opinión, es una de las principales virtualidades de su método, la recuperación de una dimensión correspondentista de la verdad:

Se puede adoptar una postura intermedia o analógica en la que sin pretender una relación referencial biunívoca entre las palabras y las cosas, se evite caer en el rechazo de toda referencia y se acepte una referencialidad más dinámica, incluso movediza, pero suficiente. No pretender que la referencia sea inequívoca pero tampoco negarle toda adecuación a lo real (p. 23).

La actualización de la analogía continúa: sería incluso una manera de superar la dicotomía entre descripción y valoración, mostrando que no hay tal cosa como una falacia naturalista dado que todo enunciado descriptivo tiene una fuerza ilocucionaria ya valorativa. Para cerrar el capítulo,

Beuchot sugiere una cierta cercanía de su propuesta con la diatópica de Panikkar. Esta comparación es nueva —no se sugiere en el *Tratado*, ni tengo referencia de que se haga en otras de las obras de Beuchot—, y sugerente, aunque es relativa porque el mismo Panikkar explicita que entiende el discurso religioso como sujeto a una polisemia no analógica.

El segundo apartado se titula “La hermenéutica analógica en la Historia y en América Latina”. Beuchot sostiene, siguiendo a Leopoldo Zea, que su propuesta es latinoamericana no sólo por haber surgido en México, sino porque responde a problemas propios de la región y encuentra en ella antecedentes teóricos importantes. Entre ellos se mencionan el encuentro de las culturas en la Conquista, el barroco, el pensamiento de Octavio Paz, la convivencia multicultural e incluso la filosofía de Enrique Dussel. En la historia de la analogía —que va de Pitágoras a Husserl, pasando eminentemente por Platón, Aristóteles, Aquino, Cayetano, Pascal, Leibniz, Kant e incluso, como se verá después, por Nietzsche— habrá que apuntar, sostiene Beuchot, también el reconocimiento analógico de la cultura indígena por parte de Sahagún, las Casas y de la Veracruz. También sería una fuente importante de la analogía la simbolicidad del barroco en Sor Juana y su integración entre conceptismo y culteranismo (Beuchot entiende el *Primero sueño* como una analogía, un claroscuro entre racionalismo y hermetismo). Entre los románticos mexicanos y aquellos literatos que recibieron la influencia de Baudelaire y Valéry también hallaríamos pensamiento analógico; luego Paz habría de retomar, vía Jakobson, la analogía como articulación metafórica y metonímica.

Más sugerente, y también más discutible, es el siguiente apartado, que versa sobre Nietzsche y la analogía. Beuchot propone —en una lectura, dice él, más interesante y constructiva que la tradicional, aunque quizá también más incierta— que la “metafísica de artista” nietzscheana y la idea del superhombre podrían entenderse como razonamientos analógicos. El “nihilismo activo” de Nietzsche se leería como una reacción equilibrante frente al determinismo positivista. El pensador mexicano alude a fragmentos de 1884, en los últimos tiempos de cordura de Nietzsche, para sostener que en el pensamiento nietzscheano no se impone como absoluto el aspecto orgiástico, y que la destrucción de la

metafísica tradicional sería relativa porque se sigue echando mano, aunque sea de manera conflictiva, de los conceptos de ser, sujeto, sustancia y causa. El superhombre no sería un hedonista desenfrenado sino una recuperación analógica del *phrónimos* griego, de su autoformación y autocontrol. Si bien es muy claro que Nietzsche se aproximó a una filosofía analógica en su pensamiento tropológico y retórico, encuentro la lectura de Beuchot un tanto frágil en cuanto a su apoyo textual y en su confrontación con las aristas más disolventes del nihilismo nietzscheano. Quizá es porque entiende como analógica la tensión entre positivismo y romanticismo que late en las obras de Nietzsche, aunque también puede ser muy dependiente del comentario de Galimberti.

En cambio, el apartado siguiente, que se ocupa de la iconicidad en Peirce como una propuesta de semiosis analógica, es muy convincente. La relación de Peirce con la analogía aparecía ya exitosamente en el *Tratado* y aquí es explicada con mayor claridad y profundidad. El gran lógico pragmatista —o “pragmaticista”, como él mismo se denominó— hereda la analogicidad de una tradición aristotélica y tomista que recibió a través de los coimbricenses. En una actualización del *trivium* medieval (la gramática es sintaxis, la lógica, semántica y la retórica, pragmática), se recupera la idea del signo como representamen y se propone la analogía como *icono* y mediación entre el índice (unívoco) y el símbolo (equívoco según esta terminología). El icono sería a su vez divisible en imagen, diagrama y metáfora. Esta gama de pensamiento analógico ofrece flexibilidad y a la vez rigor científico, como se muestra en la propuesta peirceana de la *abducción*, tan claramente explicada y aprovechada por Beuchot.

Otra confrontación original es la que se desarrolla en el capítulo sobre Hans Blumemberg y su filosofía de la Historia. Beuchot destaca la importancia de la “Historia conceptual” (*Begriffsgeschichte*) de Blumemberg, aplicada a las metáforas, el símbolo de la caverna, la idea del mundo como libro, etcétera. La explicación de la modernidad de este autor alemán sería, según Beuchot, analógica, no sólo en relación con el medioevo tardío sino en la articulación de las relaciones entre lo sacro y lo secularizado. Este pensamiento analógico de Blumemberg permite

ver la filosofía de la Historia como teodicea, la teoría moderna del Estado como una teología mesiánica secularizada, e incluso los conceptos de la moderna teoría del arte (“inspiración”, “creación”, “símbolo”) como análogos de lo sagrado. El capítulo es sumamente sugerente y original: es notorio que uno de los mayores intereses de Mauricio Beuchot es la aplicación de su hermenéutica analógica al problema de los modelos historiográficos.

También bastante original es el capítulo dedicado a la analogía como analéctica en Enrique Dussel, si bien la sugerencia estaba ya en escritos anteriores. Beuchot expone cómo Dussel aporta a la filosofía política mostrando una cierta confluencia entre la ética material y la ética formal, aproximándose a autores como Putnam y Cavell en el rechazo de la objeción de la falacia naturalista. La *analéctica* —analogía dialectizada, dinámica, enfática en la alteridad— de Dussel sería una manera eminente de unir teoría y praxis. Dussel habría tomado de Levinás esta sensibilidad ante la alteridad, aunque sin ser tan obscuramente equivocista como el pensador judío.

El último capítulo de este libro enlista las aplicaciones realizadas hasta el momento de la hermenéutica analógica. El mismo Beuchot insiste en que este movimiento requiere crítica constructiva y aplicaciones *mesuradas* (cfr. p. 117), reconociendo quizá implícitamente la sobre explotación que antes mencioné. Expone también la fecundidad de su método en la Filosofía, la Pedagogía, el Derecho, la Historia del Arte, la Antropología, los estudios de género y culturales, e incluso —y ello es sorprendente e interesante— en la Ingeniería sistémica. Si bien algunas de estas aplicaciones son apenas programáticas, en efecto confirman la sensatez y fecundidad de la propuesta y la notoria habilidad de Beuchot para penetrar en los conceptos filosóficos más fundamentales y llevarlos al terreno de la metodología, abreviar en lo clásico para iluminar las discusiones contemporáneas, y conducir la tradición a una recontextualización constructiva y accesible, coincidente con los intereses de cada uno de sus lectores. Creo que, en este libro como en sus predecesores, Beuchot representa la instancia mexicana más insigne de la hermenéutica bien entendida, como la de Gadamer y Ricoeur; es decir de aquella

hermenéutica que “presupone una antropología filosófica o un filosofía del hombre en la que el ser humano está caracterizado por su humildad ante el saber. Sabe que puede no saber, que se puede equivocar, que puede engañarse o ser engañado. Sobre todo, que puede no tener razón.” (p. 24). Si la hermenéutica analógica no fuera más que una lanza a favor de esta idea, ello ya le justificaría. El volumen *Lineamientos de hermenéutica analógica* es, por ello, revisable y discutible, pero ante todo es un ejemplo del filosofar abierto y del pensamiento dialógico.

Vicente De Haro
Universidad Panamericana